

El cuento loco... Este cuento se ha vuelto loco, colorea y ordénalo.

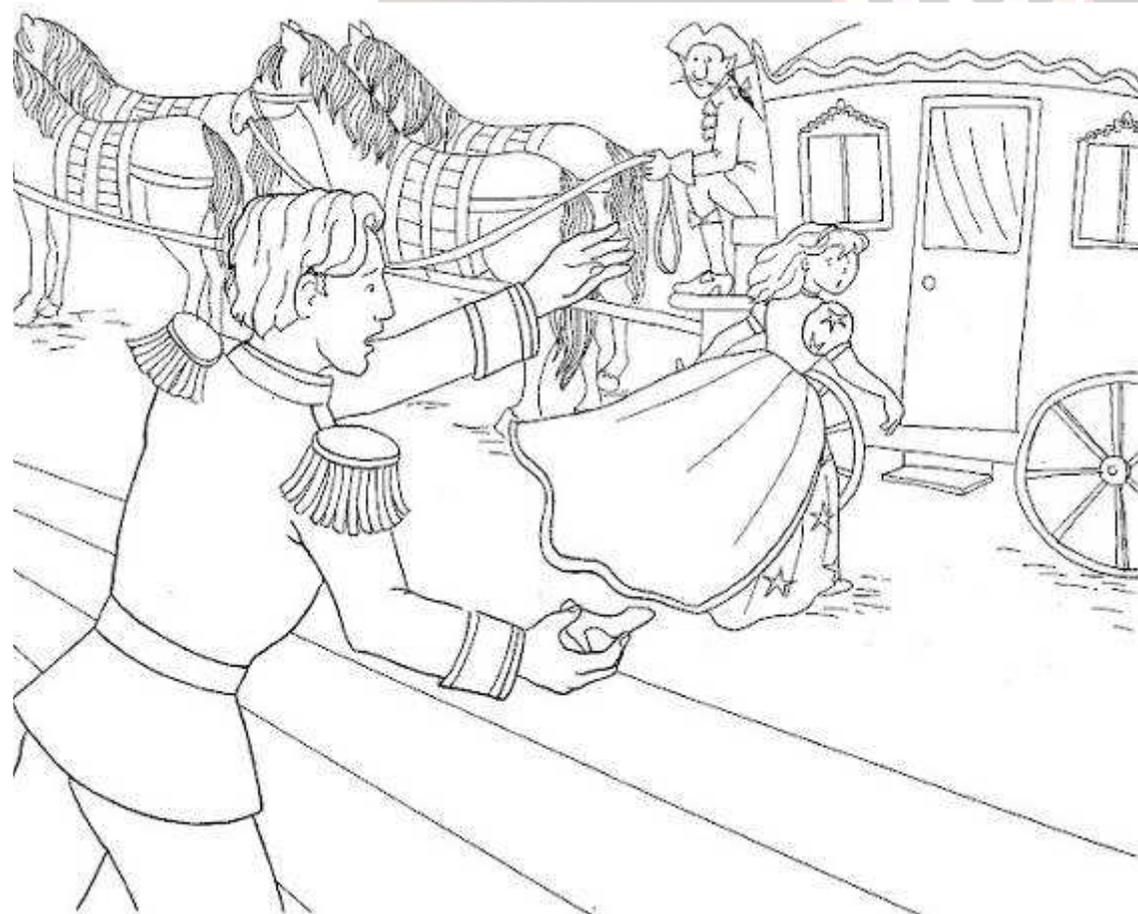


NÚMERO _____





NÚMERO _____



NÚMERO _____



Cenicienta



NÚMERO _____



El reloj de Cenicienta

- ¿A qué hora se tenía que ir Cenicienta del Palacio?
- ¿Por qué?
- ¿Qué ocurrió?
- Vamos a aprender la hora:

EL RELOJ

Aguja pequeña:
indica las
horas



Aguja grande:
indica los
minutos

1 hora = 60 minutos

media hora = 30 minutos

un cuarto de hora = 15 minutos

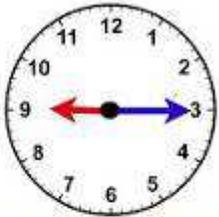
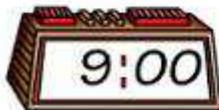
3 cuartos de hora = 45 minutos



LAS HORAS



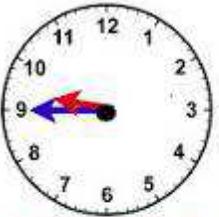
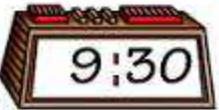
Las 9
en punto



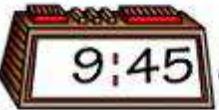
Las 9
y cuarto



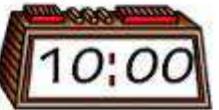
Las 9
y media



Las 10
menos
cuarto



Las 10
en punto



Nombre: _____ Fecha: _____

¿Qué hora es?



07:30



Las 7 y media



¿Te atreves a decirnos qué hora es?

Nombre: _____ Fecha: _____

¿ Qué hora es?



06:30

Las 6 y media



Adivinacuentos...



- ¿Qué hizo el hada de Cenicienta?

¿En qué otros cuentos aparecen hadas?

Te damos varias pistas:

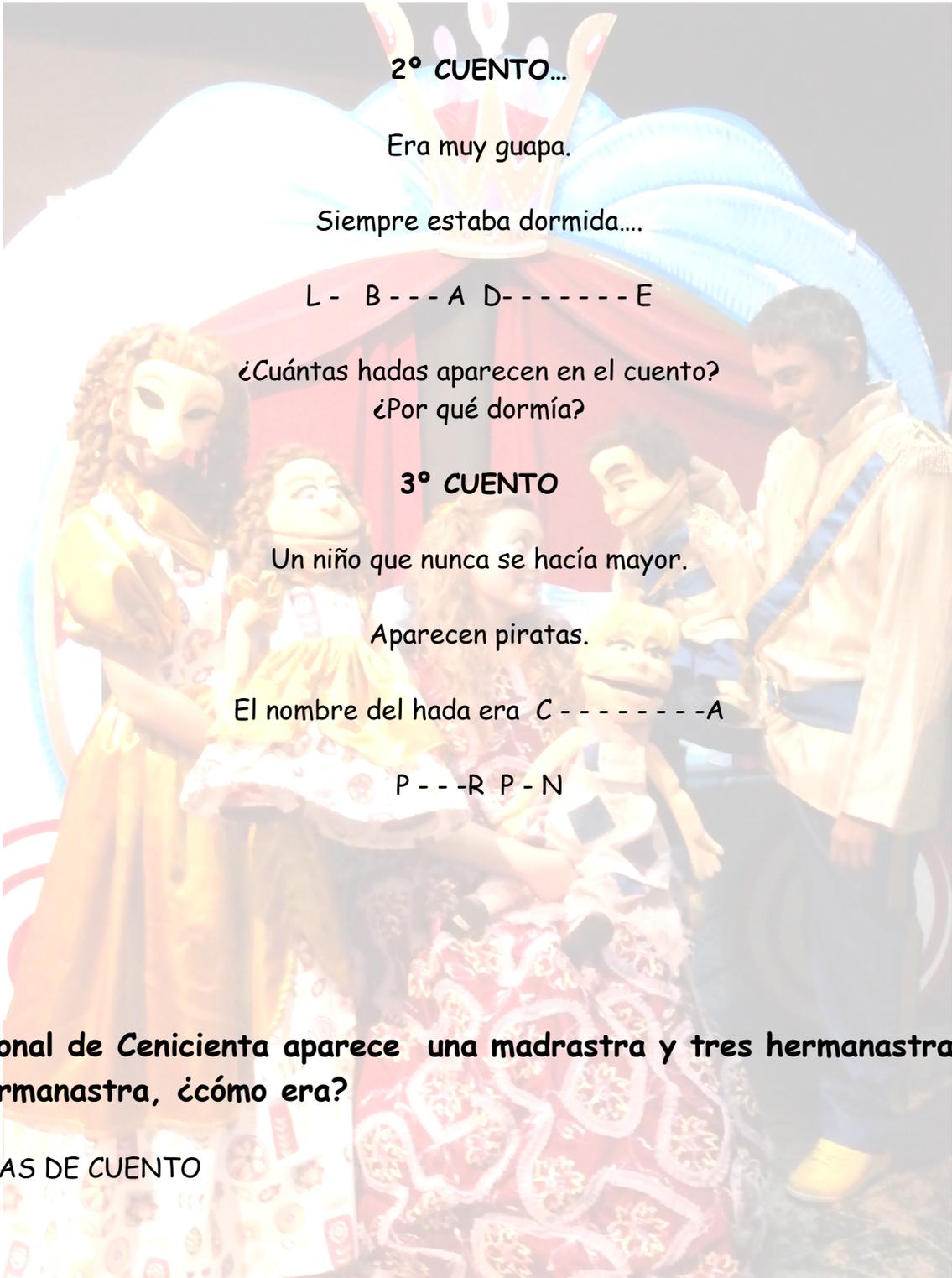
1º CUENTO...

Un carpintero llamado G- - - -O

Un niño con una nariz

P- - - - -O

¿Qué hizo su hada?



2° CUENTO...

Era muy guapa.

Siempre estaba dormida....

L - B - - - A D - - - - - E

¿Cuántas hadas aparecen en el cuento?

¿Por qué dormía?

3° CUENTO

Un niño que nunca se hacía mayor.

Aparecen piratas.

El nombre del hada era C - - - - - A

P - - - R P - N

En el cuento tradicional de Cenicienta aparece una madrastra y tres hermanastras, en el nuestro sólo aparece una hermanastra, ¿cómo era?

OTROS MALOS Y MALAS DE CUENTO

En otros cuentos aparecen personajes malillos, ¿los averiguas?

1º CUENTO

Siempre estaba delante de un espejo ¿sabes qué decía?

Dió una manzana envenenada ...

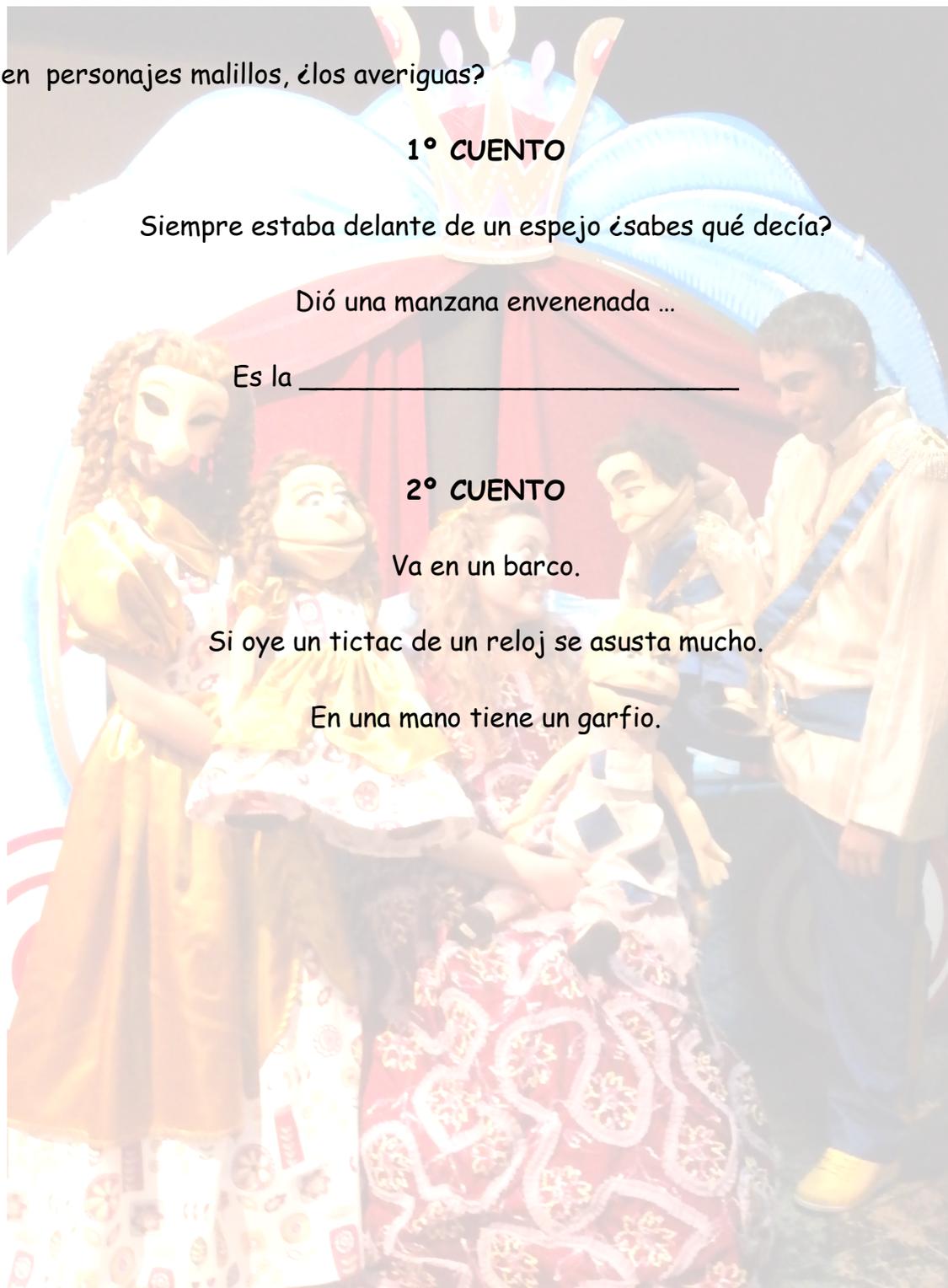
Es la _____

2º CUENTO

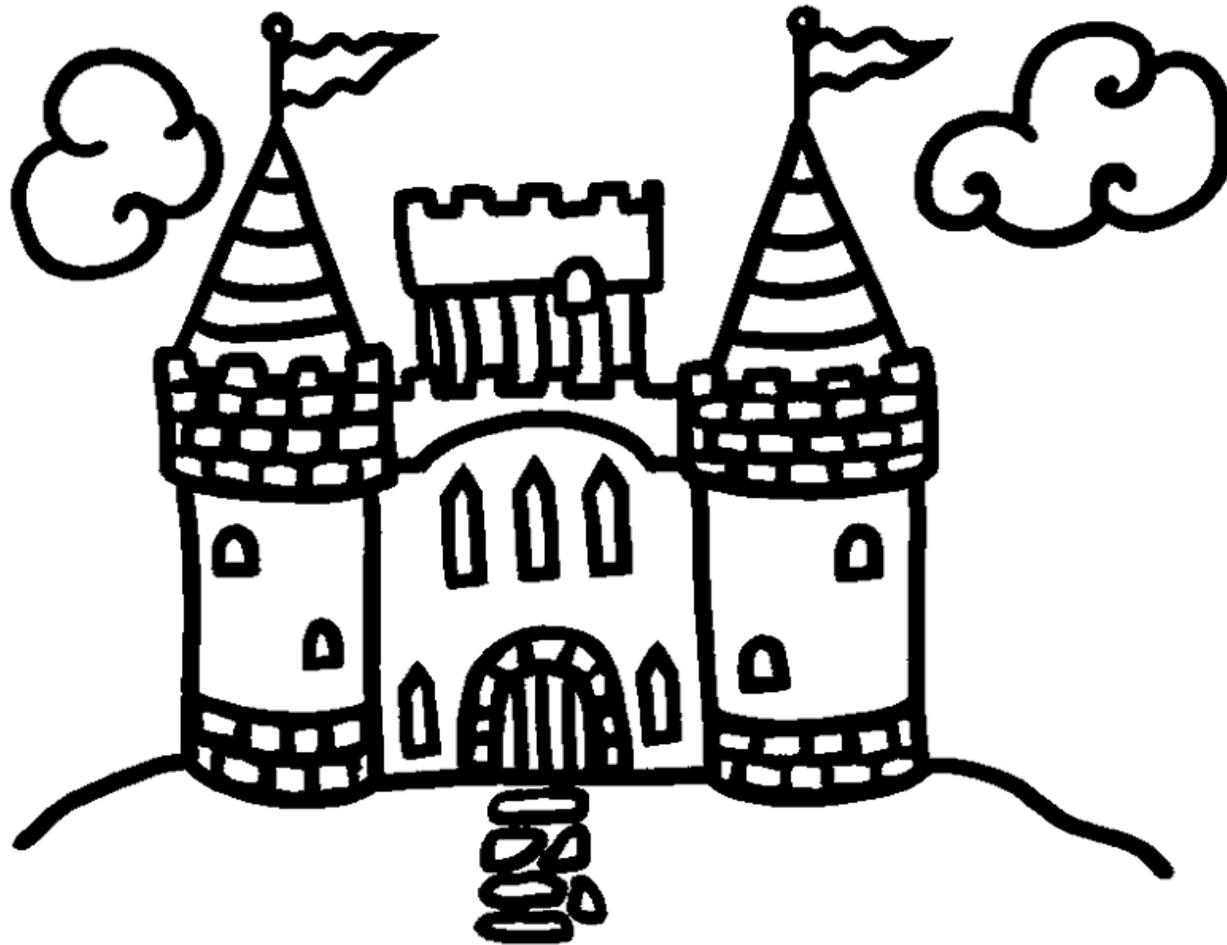
Va en un barco.

Si oye un tictac de un reloj se asusta mucho.

En una mano tiene un garfio.



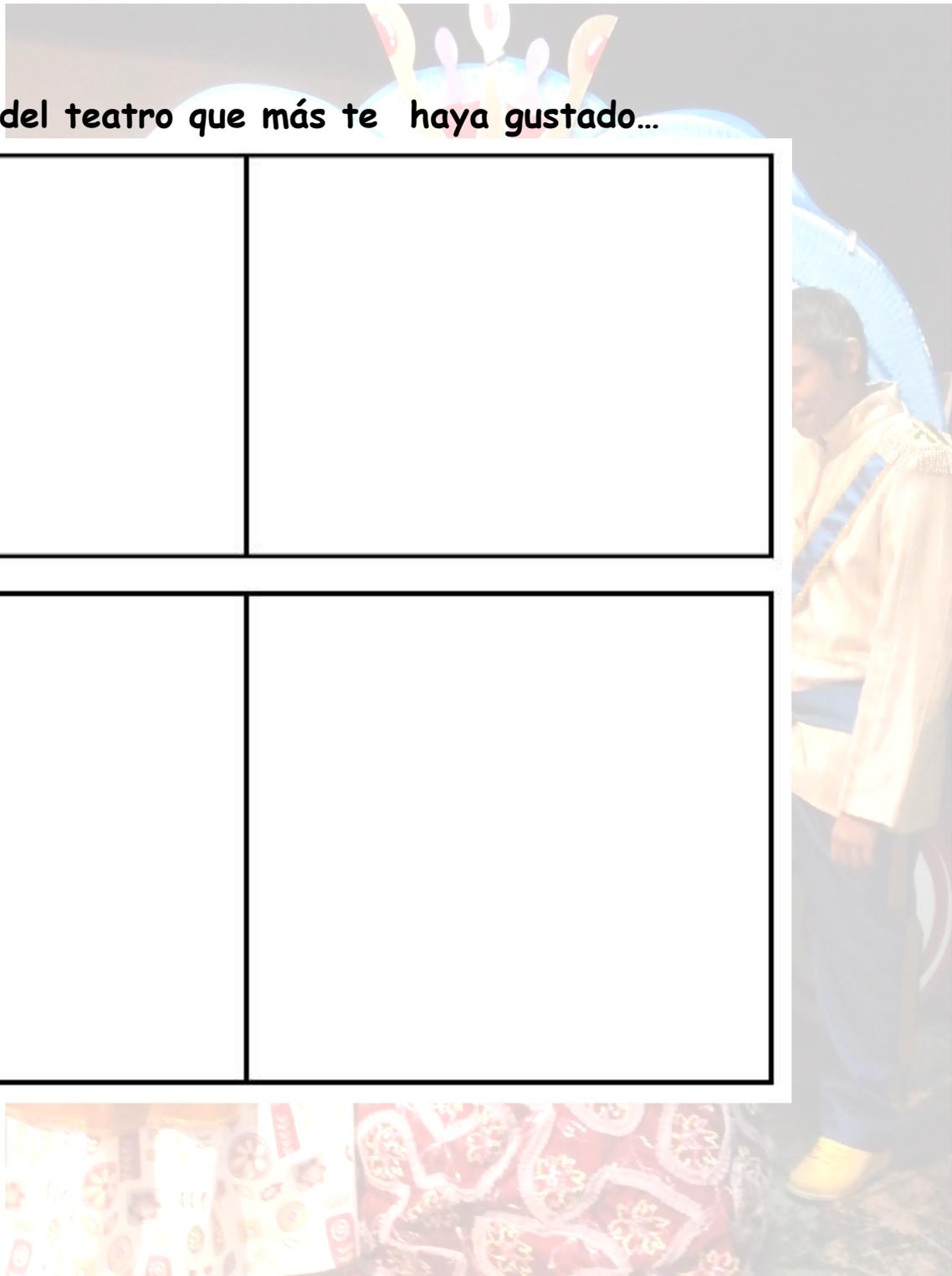
Colorea o mejor para trocitos pequeños de papel de diferentes colores...



Dibuja la escena del teatro que más te haya gustado...

--	--

--	--



Haz tu propio teatro...

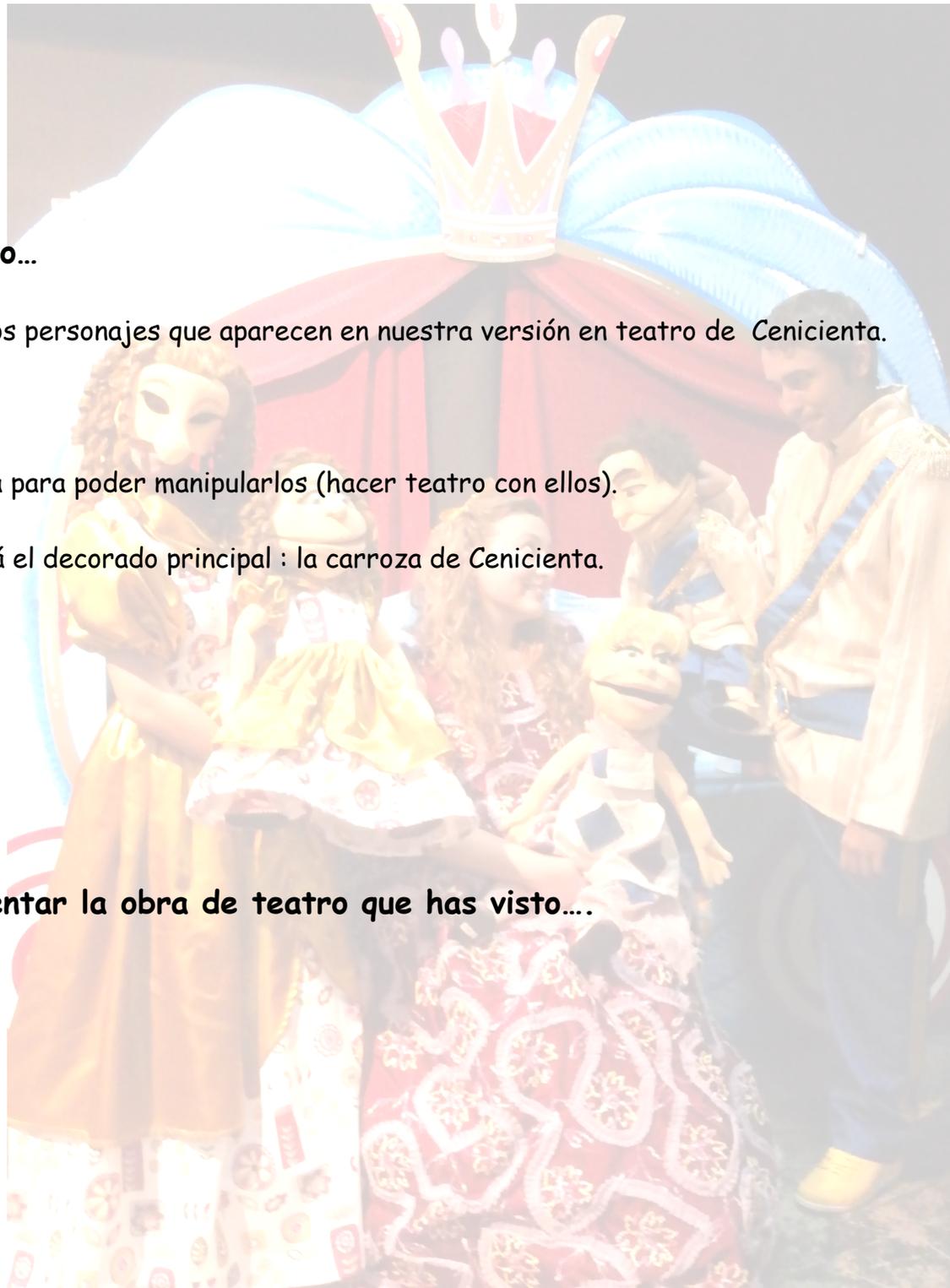
A continuación tienes los personajes que aparecen en nuestra versión en teatro de Cenicienta.

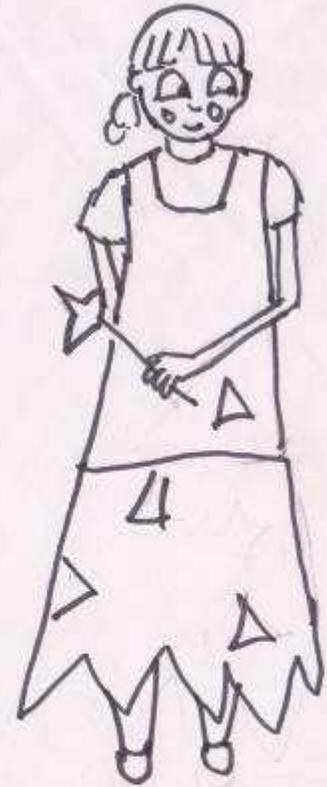
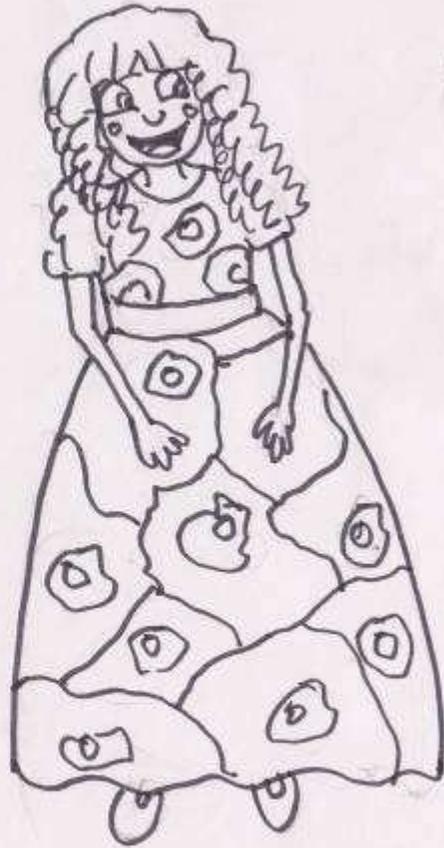
- Coloréalos.
- Recórtalos.
- Pégalos una pajita para poder manipularlos (hacer teatro con ellos).

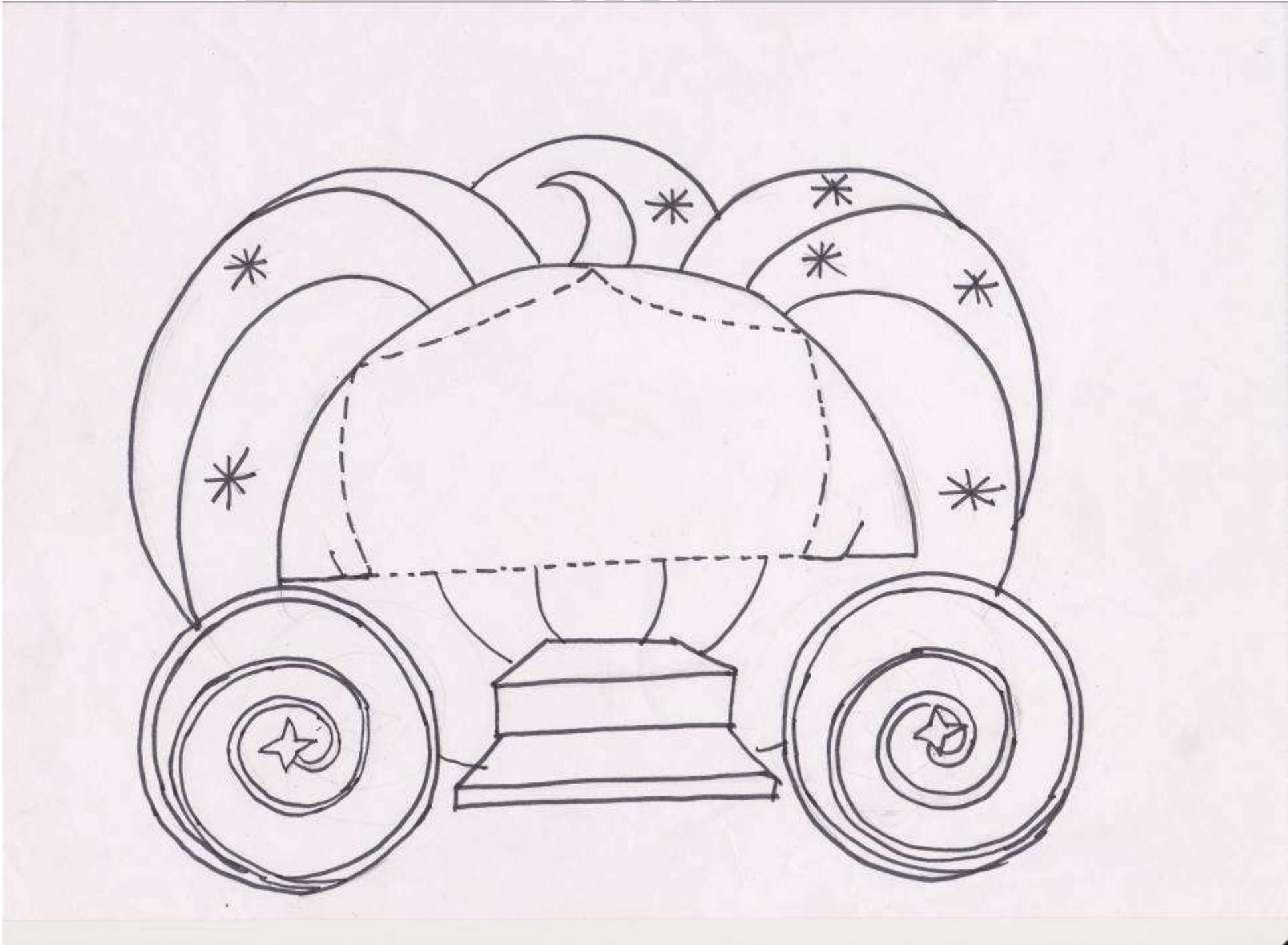
En la siguiente página está el decorado principal : la carroza de Cenicienta.

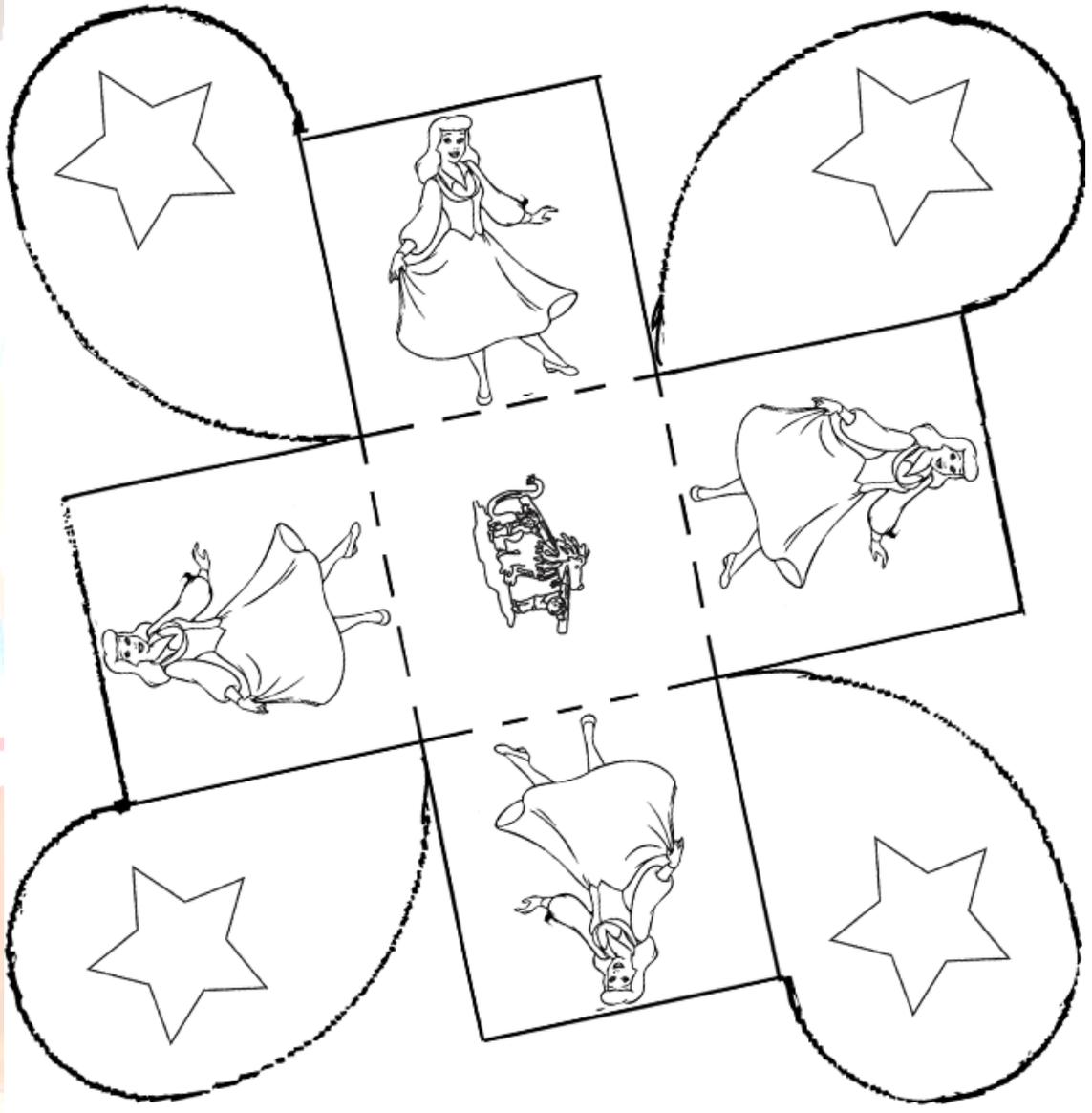
- Coloréala.
- Recórtala.

Ya puedes representar la obra de teatro que has visto...









“Un cuento de hadas pop-up

por Matthew Reinhart

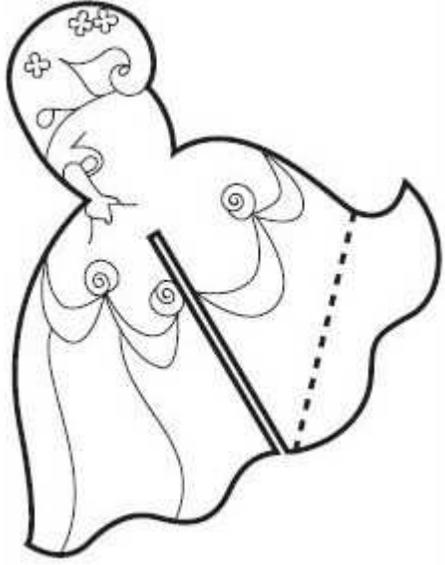
Puedes hacer este pop-up más grande ampliando la hoja impresa en una fotocopidora. Asegúrate de que agrandas las piezas del pop-up y la tarjeta en exactamente la misma cantidad (la misma escala o proporción).

¡Disfruta!”

La tarjeta popup **está basada en el maravilloso Libro Pop-Up de La Cenicienta de Mathew Reinhart**

Puedes ver un **video de este Maravilloso Libro Popup** en:
<http://libropopup.blogspot.com/2008/04/increble-libro-popup-de-cuento-de-hadas.html>



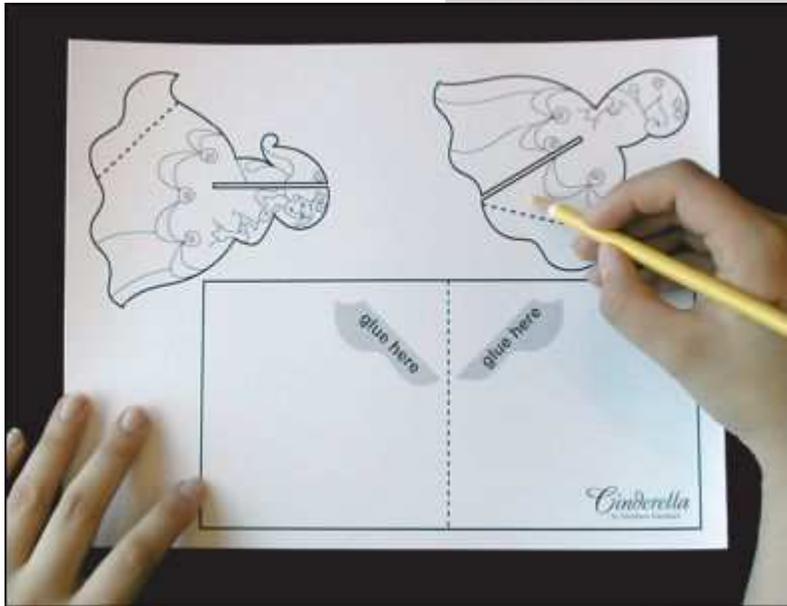


Ally-Liz Lee Ltd.
MATTHEW REINHART
2008

glue here

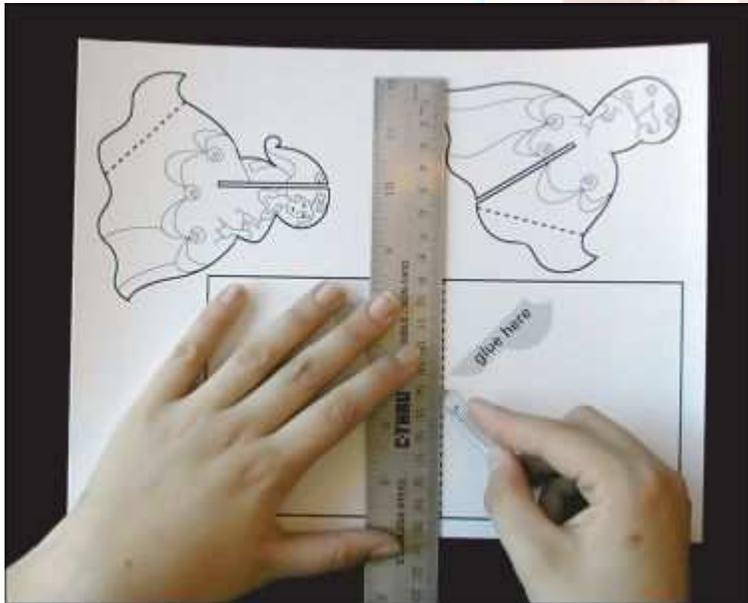
glue here

Cinderella



Paso 1

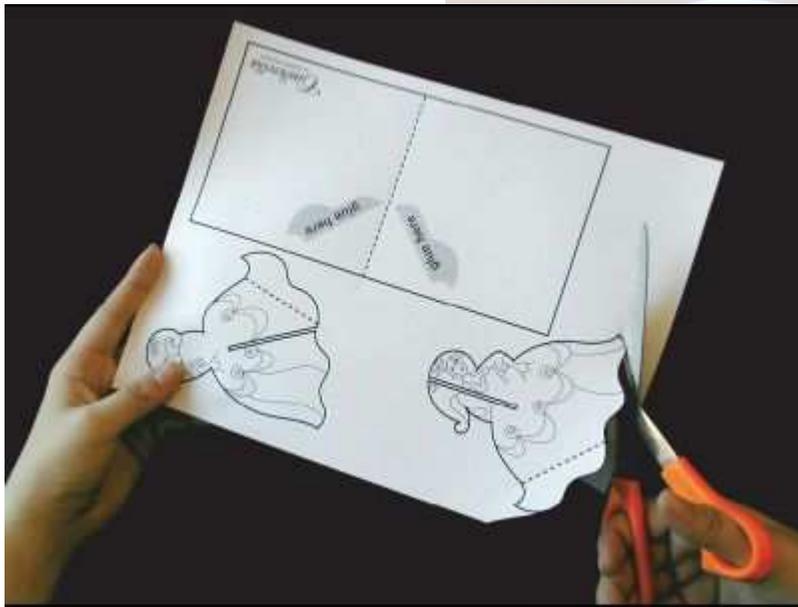
Imprime la página en una cartulina gruesa y a continuación colorea las piezas de Cenicienta. Puedes usar crayones, lápices o marcadores, pero no pintura (se deforma el papel).



Paso 2

Utiliza el extremo redondo de un clip de papel para "marcar" el dobléz (presione a lo largo de) la línea de puntos. Marca ambas piezas de la Cenicienta y el

doblez central de la propia tarjeta.



Paso 3

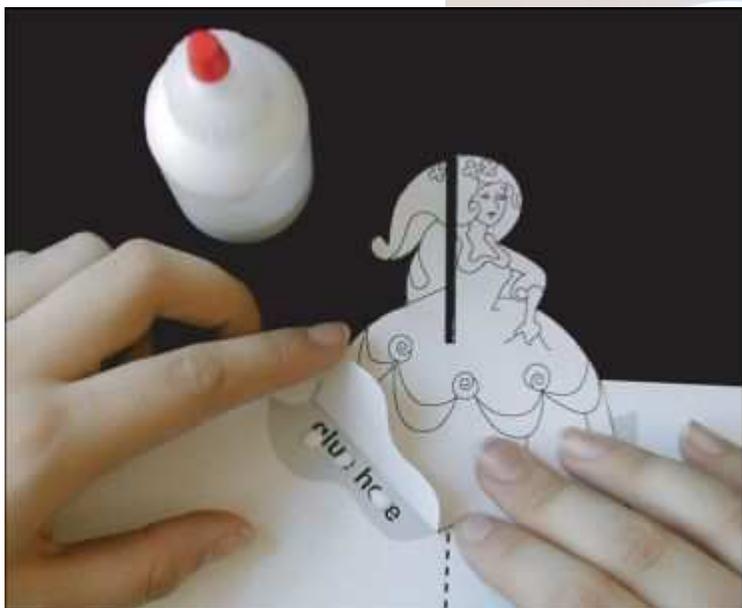
Con cuidado, corta las piezas del pop-up y de la tarjeta a lo largo del contorno grueso negro.



Paso 4



Dobla a lo largo de la línea de puntos de la pieza con la cara de la Cenicienta.



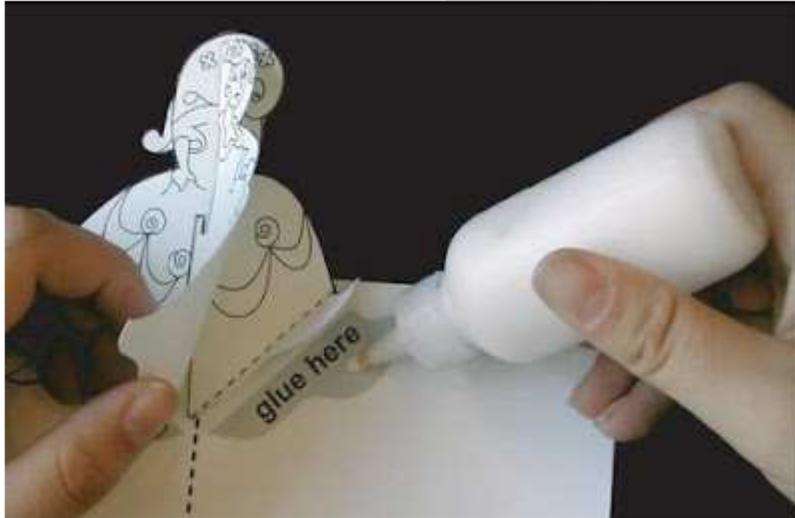
Paso 5

Pon una pequeña cantidad de pegamento blanco en el área gris de la izquierda que dice "pega aquí" (glue here) y coloca el borde del vestido de Cenicienta encima del pegamento. Deja secar.



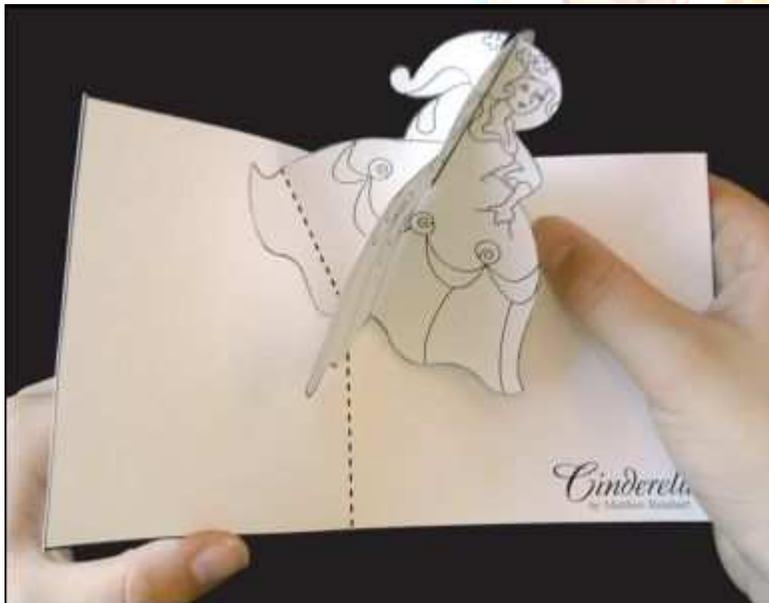
Paso 6

Después de doblar a lo largo de la línea de puntos, desliza la segunda pieza de la Cenicienta entrelazada con la pieza del frente. Asegúrate de que la cabeza de la Cenicienta está de frente, como se muestra.



Paso 7

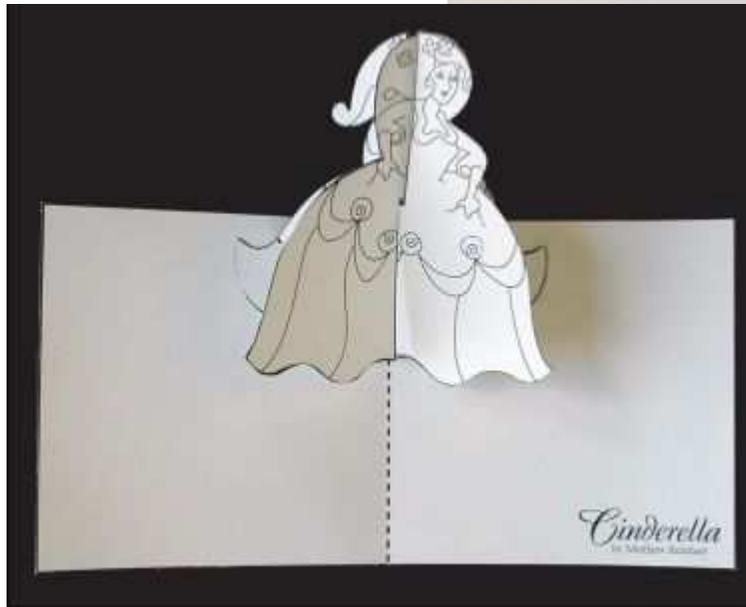
Pon pegamento en el área gris de la derecha que dice "pega aquí", alinea el borde del vestido y pégalo en la tarjeta. Deja secar.



Paso 8

Cierra con cuidado la tarjeta, luego ábrela y ¡pop-up!





A continuación Haz el Castillo de Cenicienta



Para hacer este castillo he utilizado:

4 tubos de papel higiénico

1 cartulina A-3 rosa

1 cartulina A-4 azul cielo

Pegamento

1 palillo

Pegatinas para decorar

Primero he pegado 2 tubos de papel higiénico para formar la torre más alta. He utilizado celo para juntarlos.

He cortado una cuarta parte del tercer tubo y la he pegado en el otro tubo sobrante. Así he construido 3 torres de alturas diferentes.

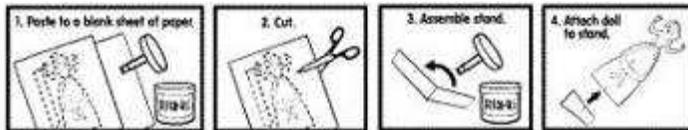
He forrado cada tubo con cartulina rosa. El truco es poner el tubo en el centro de la cartulina y envolverlo primero por un lado y luego por el otro, de esa forma la cartulina no tensa y no se desarma.

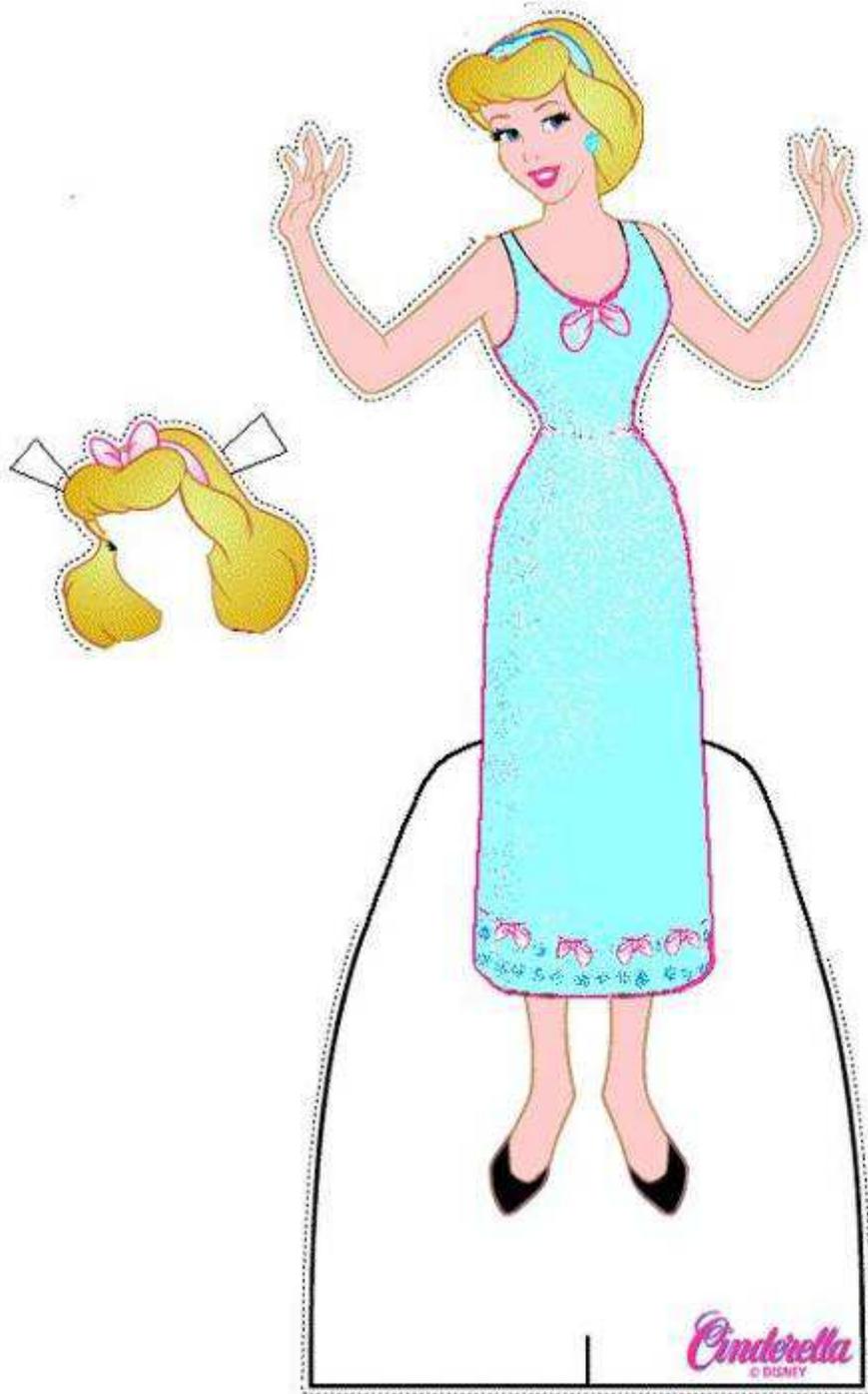
Para hacer los tejados, he hecho 3 círculos de 10 cm. de diámetro en la cartulina azul. He trazado 2 líneas hacia el centro del círculo, formando otro triángulo que sea $\frac{1}{3}$ del círculo. He cortado el triángulo y he pegado los dos laterales que han quedado del círculo, formando un cono. Lo puedes pegar encima de los tubos para que quede fijo.

He cortado unos 5 cm. de washi tape y lo he pegado sobre sí mismo alrededor del palillo. Con las tijeras he cortado la punta formando una banderola y lo he pinchado en uno de los tejados.

Para decorarlo hemos aprovechado unas pegatinas que ya teníamos de un libro de hadas, pero si no tienes puede utilizar rotuladores. Pinta las puertas y ventanas. Nosotras también hemos incluido lámparas y un pajarito.

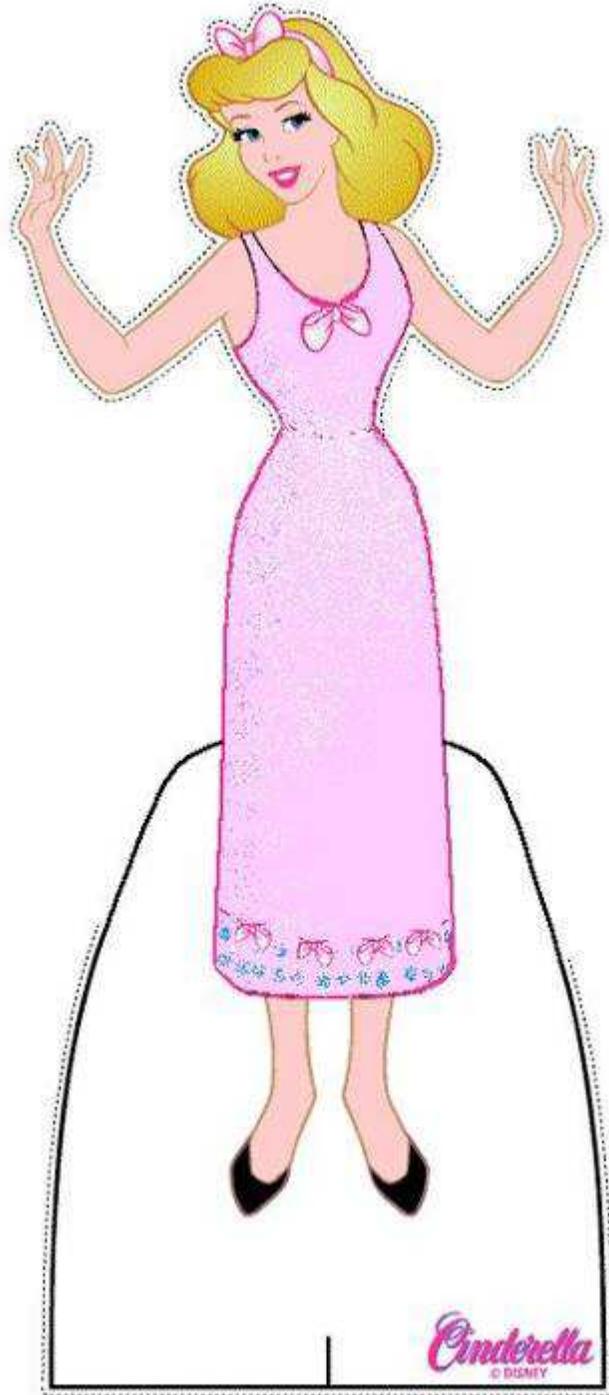












Cuento "El príncipe Ceniciento"

Incluimos un versión muy especial del cuento tradicional de Cenicienta: "El príncipe ceniciento" escrito por Banette Colle y editado por la editorial Destino. Hemos elegido este cuento que nos muestra en su argumento una nueva versión del cuento tradicional de hadas "La cenicienta" llegado hasta nuestros días gracias al autor francés Charles Perrault (1697), cuyo argumento gira entorno a la injusta opresión y posterior recompensa, en este caso protagonizada por un varón y con ciertas pinceladas de humor.

Estos son un par de enlaces para que podáis seguir disfrutando de este cuento:

<http://pazeigualdadanelcole.blogspot.com.es/2010/04/los-cuentos-transmiten-valores.html>

<http://www.youtube.com/watch?v=BnGu8KxSfGM>



TEXTO DEL CUENTO

EL PRINCIPE CENICIENTO

BANETTE COLLE
EDITORIAL DESTINO

1 El príncipe Ceniciento no parecía un príncipe, porque era bajito, pecososo, sucio y delgado

2 Tenía tres hermanos grandullones peludos que siempre se burlaban de él

3 Estaba siempre en la Disco Palacio con unas princesas que eran sus novias

4 Y el pobre Príncipe Ceniciento siempre en casa, limpia que te limpia lo que ellos ensuciaban.

5 ¡Si pudiera ser fuerte y peludo como mis hermanos! – pensaba junto al fuego, cansado de trabajar.

6 El sábado por la noche, mientras lavaba calcetines, un hada cochambrosa cayó por la chimenea

7

- Se cumplirán todos tus deseos- dijo el hada Zis Zis Bum, Bic, Bac Boche, esta lata vacía será un coche -i Bif, baf bom, bo bo bas, a la discoteca irás!

8 -i Esto no marcha! – dijo el hada

9 -iDedo de rata y ojo de tritón salvaje, que tus harapos se conviertan en un traje!

10 (“¡Caramba)- pensó el hada-, ino me refería a un traje de baño!

11 - Ahora cumpliré tu deseo más importante. ¡Serás fuerte y peludo a tope!

12 ¡Y vaya si era un Ceniciento grande y peludo!

13 -¡jelines! – dijo el hada-. Ha vuelto a fallar, pero estoy segura de que a medianoche se romperá el hechizo



14 Poco se imaginaba el Príncipe Ceniciento que era un mono grande y peludo por culpa de aquel error.

¡Él se veía tan guapo!

15 Y corriendo a la discoteca. El coche era muy pequeño, pero supo sacarle provecho

16 Pero al llegar a aquella disco de príncipes, era tan grande que no pasaba por la puerta!

17 Y decidió volver a casa en autobús. En la parada había una princesa muy guapa

- ¿A qué hora pasa el autobús? - gruñó

18 Por suerte, dieron las doce y el Príncipe Ceniciento volvió a ser como antes

La princesa creyó que la había salvado ahuyentando a aquel mono peludo

19 -¡Espera!- gritó ella, pero el Príncipe Ceniciento era tan tímido que ya había echado a correr. ¡Hasta perdió los pantalones!

20 Aquella Princesa resultó ser la rica y hermosa Princesa Lindapasta.

21 Dictó un bando para encontrar al propietario de los pantalones

22 Príncipes de lejanas tierras intentaron ponérselos Pero los pantalones se retorcían y nadie lo conseguía.

23 Como era de esperar, los hermanos del Príncipe Ceniciento se peleaban por probárselos

- Que se los pruebe él, -ordenó la princesa, señalando al Príncipe Ceniciento

24 - Este mequetrefe no podrá ponérselos- se burlaron sus hermanos.

...¡pero lo consiguió! La Princesa Lindapasta se le declaró al punto.

25 El Príncipe Ceniciento se casó con la Princesa Lindapasta y fueron ricos y felices por siempre jamás

26 La Princesa Lindapasta habló con el hada de los tres peludos...

27 ... y ésta los convirtió en hadas domésticas. Y en adelante, les tocó hacer las labores de la casa, por siempre jamás.



CURIOSIDADES SOBRE EL CUENTO DE *CENICIENTA*

A continuación adjuntamos varias versiones del cuento de Cenicienta.

Entendemos que la historia de la Cenicienta **no sería demasiado adecuada para los niños** si les tuviéramos que explicar las primeras versiones. Ésta está considerada como el cuento de hadas más popular que existe. Charles Perrault lo escribió en el siglo XVII, pero se cree que en el instante que el autor lo plasmó en papel podría hacer mil años que la historia pasara de generación en generación, tanto en forma escrita como oral.

Charles Perrault hizo posible el cuento que hoy conocemos

La cenicienta que todos conocemos es obra del mencionado escritor, que narra las historias de una joven muchacha que logra asistir a un baile real gracias a la ayuda de una amable hada madrina.

De no haber sido por él, la historia que habría quedado para ser leída por todos (o para haber muerto en el olvido), es una versión escocesa, en que la chica recibe el nombre de Rashin Coatie.

En este cuento las tres hermanastras de la chica le obligan a vestir harapos. No tiene un hada madrina, sino un carnero mágico que, descubierto por la madrastra, es atado y asado.

Rashin Coatie, afligida por la pérdida de su carnero y deseosa de acudir a un baile real pide un deseo ante los huesos del carnero, solicitando un bonito vestido nuevo con el que acudir. El deseo le es concedido y, vestida con un lujosísimo atuendo, acude al baile donde cautiva al príncipe. Al volver a casa corriendo **pierde una preciosa zapatilla de raso**.

Como el príncipe queda prendado de su belleza decide ir en su búsqueda con la zapatilla como única prueba y se corre la voz de que el príncipe se casará con la dama que demuestre ser propietaria de la misma. La madrastra decide entonces **cortar los dedos de los pies de su hija mayor**. Sin embargo, se da cuenta de que todavía no es suficiente, que la zapatilla aún no le cabrá, y le corta también el talón.

El príncipe (que debía de ser medio invidente, imagino), acepta a la hermanastra fea, puesto que la zapatilla le va bien, pero más tarde un pájaro le confiesa que el pie oculto en la zapatilla está incompleto y que la bella muchacha que está buscando responde al nombre de Rashin Coatie. El





príncipe se casa con ella y viven felices.

A vueltas con el zapatito dichoso

En diversas versiones europeas antiguas del cuento, la zapatilla resultó ser de raso, de cuero o de piel. En el cuento francés que inspiró a Perrault era de piel y fue el autor el que decidió transformar la zapatilla en zapato y cambiar el material por cristal, por ser transparente y por ser inalterable. Este detalle cobró tanta fuerza en el cuento que el título acabó siendo: “La Cenicienta o el zapato de cristal”.

Giambattista Basile también hizo de las suyas

Antes de que Perrault escribiera su cuento, Giambattista Basile, el escritor napolitano que escribió la versión de “La Bella Durmiente” , mostró al mundo su propia versión de la historia, con una Cenicienta llamada **Zezolla, víctima de malos tratos desde la infancia.**

Este cuento comienza con una infeliz niña que planea el asesinato de su malvada madrastra, acto que acaba cometiendo al romperle el cuello (vamos, que Cenicienta podría considerarse como una asesina infantil). Por desgracia para la protagonista, el padre acaba casándose con una mujer aún peor que la anterior, que lejos de venir sola aparece en casa con seis hijas de lo más malvadas, que obligan a Zezolla a trabajar todo el día en casa y en la cocina.

El hada mágica o el carnero no existen en esta versión, ya que **la magia proviene de un árbol mágico**, más concretamente una palmera, que ayuda a la chica a ir al baile real con ropas lujosas, un caballo blanco y doce pajes. A medianoche la chica desaparece dejando como única muestra de su existencia una zapatilla vacía.

Y la primera versión escrita podría provenir de la China

Se cree que **la versión más antigua de este cuento aparece en un libro chino escrito entre los años 3-927 a.C** . La chica, de nombre Yeh Shen, es maltratada por su madrastra y su hija, tan malignas como las de las otras versiones, que la obligan a sacar agua de pozos muy profundos y peligrosos. Además, para torturarla, le hacen calzar zapatos muy pequeños mientras hace sus tareas, haciendo que sus pies queden tan pequeños que su verdadero nombre quede atrás para adoptar el ya mencionado Yeh Shen, que quiere decir Pies de Loto.

La muchacha guarda un pez mágico de tres metros de longitud en un estanque junto a su casa pero la madrastra, que acaba por conocer el secreto de su hijastra, se hace pasar por ella,

poniéndose sus ropas, engaña al pez y lo mata, para luego descuartizarlo y servirlo en casa ante el llanto de la joven.

Así llega el momento del baile y Yeh Shen, deseosa de poder acudir, formula un deseo ante las espinas del pez, cumpliéndose al instante.

La chica va a la fiesta, donde no hay príncipe enamorado como es constante en las otras versiones. Sin embargo, el hechizo tiene hora de caducidad y al correr huyendo pierde una zapatilla de oro, que por casualidad, acaba en manos del mercader más rico de la provincia, que lo acaba vendiendo al Rey. Éste decide conocer a la dueña de tan valioso zapato, pues decide que será su reina. Inicia una búsqueda en la que la hermanastra se amputa los pies para que el zapato le entre, sin éxito.

Una noche, Yeh Shen entra en palacio para recuperar el zapato, pero la descubren sin creer que una criada pueda ser la dueña. El Rey, que piensa lo mismo (las apariencias engañan), queda asombrado cuando, **al ponerse los dos zapatos, los harapos de la chica se transforman en preciosas ropas dignas de una reina.** El Rey se enamora de ella y se casan y la madrastra y su hija son encerradas en una cueva hasta que un alud de piedras acaba con ellas.





Yeh Shen, la Cenicienta china

Esta versión del cuento procede de la **dinastía T'ang** (618-927 a.C) Esta versión sucede durante la época en la que en China, un hombre podía estar casado con varias mujeres a la vez. Un hombre llamado Wu tenía dos esposas y tuvo una hija con cada una de ellas. Una de sus esposas falleció dejando a su hermosa y buena hija en manos de su madrastra, la cual había tenido otra hija con Wu, pero esta hija no era tan atractiva como la huérfana. La madrastra obligaba a la bella huérfana a hacer todas las tareas del hogar de tal modo que se convirtió en la criada de su propio hogar. La madrastra y su hija, que envidiaban a la joven, la obligaban a calzar zapatos muy pequeños para torturarla más mientras hacía las más duras tareas. Sus pies pequeños le valieron el apodo de Yeh Shen, que quiere decir *Pies de Loto*. Un día, mientras trabajaba, Yeh Shen se encontró con un hermoso pez parlante de oro de ojos grandes que se convirtió en su mejor amigo y compañero. La madrastra disfrutaba tanto mortificar a Yeh Shen que ideó un método eficaz para eliminar al animal: Disfrazada con las ropas de su hijastra, la mujer se acercó al estanque en el que vivía el extraño pez, y cuando éste, confiado, asomó la cabeza, fue asesinado, descuartizado y servido en la casa de Wu ante la mirada llorosa de Yeh Shen. Por consejo de una sabia anciana, la joven esconde los huesos del pez lejos de su hermanastra y de su madrastra, ya que el viejo le ha contado que si pide un deseo ante los huesos, los Espíritus se lo concederán. Un día de primavera se celebra una fiesta para que los jóvenes del pueblo encuentren a su pareja. Yeh Shen quiere ir pero su madrastra se opone para que su hija, más fea y malvada que la criada, no se quede sin marido. Cuando Yeh Shen se queda sola, saca las espinas y pide ayuda a los Espíritus, y sus sucias ropas se transforman en un vestido azul celeste y en una capa hecha de plumas. Sus pies ahora calzan unos zapatos de oro macizo. Al llegar a la fiesta, Yeh Shen causa sensación, tanto que la madrastra y su hija se acercan a ella para ver quién es. En ese momento, la hermosa criada sale corriendo y pierde una de sus zapatillas. Al llegar a casa, el vestido y la capa desaparecen, y las espinas del pez dejan de tener magia: Su único recuerdo del baile es un zapato de oro. El otro zapato es encontrado por un mercader que se lo vende a un Rey. Éste, fascinado por el zapato, decide encontrar a su reina, y hace un llamamiento para que todas las mujeres del reino se prueben el zapato de oro. Entre esas mujeres está la hermanastra de Yeh Shen, que intenta engañar al rey mutilándose los dedos para que le quepa el pie en el zapato, pero el plan no acaba bien. Una noche, Yeh Shen se cuela en el palacio y recupera su prenda, pero los guardias la cogen y ni siquiera el rey cree que la criada sea dueña del zapato, pero cuando la chica se pone los dos, sus harapos se convierten en las ropas de una reina, y el Rey se enamora de ella y se casan. La madrastra y su hija son encerradas en una cueva hasta que una lluvia de piedras acaba con ellas.

Es interesante ver cómo en este cuento aparecen dos de los elementos más ligados en la cultura antigua china: el deseo por los pies pequeños en una mujer y la asociación del pescado con la buena suerte.





LA CENICIENTA DE CHARLES PERRAULT

Érase una vez un gentil hombre que se casó en segundas nupcias con la mujer más altiva y orgullosa que se pudo ver jamás. Tenía dos hijas que eran idénticas a ella, al haber heredado todo su carácter. El marido, por su parte, tenía una hija joven, de una dulzura y bondad sin igual, pues se parecía en todo a su madre, que había sido la mejor persona del mundo.

Inmediatamente después de la boda, la madrastra dio rienda suelta a su mal carácter; no podía soportar las buenas cualidades de aquella niña, que hacían a sus hijas aún más odiosas. La obligó a hacer las tareas más viles de la casa: tenía que fregar los platos, limpiar las escaleras y toda la casa, arreglar todas las habitaciones, incluidas las de sus hijas. Dormía en un desván, en lo más alto de la casa, sobre un mal jergón, mientras que sus hermanas disponían de grandes habitaciones entarimadas, con camas a la última moda, y grandes espejos donde se podían ver de cuerpo entero.

La pobre chica lo sufría todo con mucha paciencia y no se atrevía nunca a quejarse a su padre, por temor a que le riñera, pues su mujer lo tenía completamente dominado.

Cuando la joven terminaba sus tareas, se iba a un rincón de la chimenea a sentarse sobre las cenizas, por lo que en la casa la llamaban generalmente *Culoceniza*. La hermana pequeña, que no era tan mala como la mayor, la llamaba *Cenicienta*; aunque *Cenicienta*, con sus harapos, no dejaba de ser cien veces más hermosa que sus hermanas, a pesar de que ambas vestían con ropas muy lujosas.

Y sucedió que el hijo del Rey dio un baile, al que invitó a todas las personas de calidad, siendo invitadas también nuestras dos señoritas, ya que ellas pertenecían a una familia distinguida en el país. Helas aquí, pues, muy contentas y muy atareadas en elegir los vestidos y los peinados que les sentaran mejor. Esto ocasionó nuevos trabajos para *Cenicienta*, ya que era ella quien planchaba la ropa de sus hermanas y quien almidonaba los puños. Continuamente las oía hablar de la forma en que iban a arreglarse.

-Yo -decía la mayor- me pondré el vestido de terciopelo rojo y el aderezo de Inglaterra.

-Yo -decía la menor-, me pondré una sencilla falda, aunque también llevaré el mantón de flores de oro y el broche de diamantes, que no está muy visto.

Buscaron una buena peluquera que les hiciera los peinados de dos pisos, y encargaron en la sastrería lunares postizos; llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, ya que tenía muy buen gusto.

Cenicienta les aconsejó lo mejor que pudo, ofreciéndose incluso para retocarles el peinado, lo que aceptaron inmediatamente las hermanas, pues era lo que estaban deseando.

Mientras las peinaba, ellas le decían:

-Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

-¡Ay, señoritas, ¿os estais burlando?; eso no está hecho para mí.

-Tienes razón, la gente se reiría mucho viendo a una sucia Culoceniza acudir al baile.

Otra que no fuera Cenicienta las habría peinado al revés, pero ella, que era buena, las peinó estupendamente.

Las dos hermanas estuvieron casi dos días sin comer, pues querían lucir una figura estilizada. Sin embargo, aún rompieron más de doce cordones a fuerza de tirar de ellos para conseguir una talle más fino, y no dejaban un momento de mirarse en el espejo.

Al fin llegó el feliz día y las hermanas se marcharon. Cenicienta las siguió con la mirada todo el tiempo que pudo y, cuando las perdió de vista, se puso a llorar. Su Madrina, que era un hada, la sorprendió hecha un mar de lágrimas y le preguntó qué le pasaba.

-¡Me gustaría mucho..., me gustaría mucho...!

Cenicienta lloraba tan fuerte que no pudo terminar. El hada le preguntó:

-Te gustaría mucho ir al baile, ¿verdad?

-¡Ay, sí! -dijo Cenicienta suspirando.

-Bueno, si te portas bien -dijo su Madrina-, yo haré que vayas.

La llevó a su habitación y le dijo:

-Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fue enseguida a coger la más hermosa que pudo encontrar, y se la llevó a su Madrina, no pudiendo adivinar cómo esa calabaza podría hacerla ir al baile.

Su madrina la vació dejando sólo la corteza, la tocó con su varita mágica y la calabaza se transformó en el acto en una hermosa carroza dorada.

Después miró en la ratonera, donde encontró seis ratones vivos aún, y le dijo a Cenicienta que levantara un poco la trampilla; a cada ratón que salía, le daba un golpecito con la varita y el roedor se transformaba en un hermoso caballo, así hasta que tuvo un precioso tiro de seis caballos, de un bello color de ratón gris claro.

Como estuviera preocupada por encontrar algo que le sirviera de cochero, dijo Cenicienta:

-Voy a ver si alguna rata ha caído en la ratonera, para convertirla en cochero.

-Tienes razón -dijo su Madrina-, mira si hay.

Cenicienta le llevó la ratonera, donde había tres ratas muy gordas. El hada eligió una, la que tenía las mejores barbas, y, tocándola con la varita, la convirtió en un gordo cochero, que lucía unos hermosos mostachos.

Después le dijo:

-Ve al jardín y allí encontrarás seis lagartos detrás de la regadera. Tráemelos.

En cuanto los hubo traído, el hada madrina los convirtió en seis lacayos, que subieron al instante a la trasera de la carroza con sus libreas llenas de galones, muy erguidos, como si no hubieran hecho otra cosa en su vida.

El hada dijo entonces a Cenicienta:

-Bueno, aquí tienes ya con qué ir al baile. ¿Estás contenta?

-Sí, pero, ¿cómo voy a ir con este viejo vestido?

Su Madrina no hizo más que tocar con la varita mágica las pobres ropas, y al momento se transformaron en vestidos de tisú de oro y plata, recamados de piedras preciosas; también le dio el hada un par de zapatos de cristal, los más bonitos del mundo.

Cuando Cenicienta estuvo de tal modo vestida, subió a la carroza; pero su madrina le recomendó ante todo que regresara antes de la medianoche, advirtiéndole que, si permanecía en el baile un minuto más, su carroza volvería a ser calabaza; sus caballos, ratones; sus lacayos, lagartos, y sus ropas viejas recobrarían su aspecto normal.

Prometió a su Madrina que haría todo tal como ella decía; y se fue llena de felicidad.

El hijo del Rey, a quien comunicaron que acababa de llegar una princesa que nadie conocía, fue a recibirla; le dio la mano cuando bajó de la carroza, y la condujo al gran salón donde estaban los invitados.

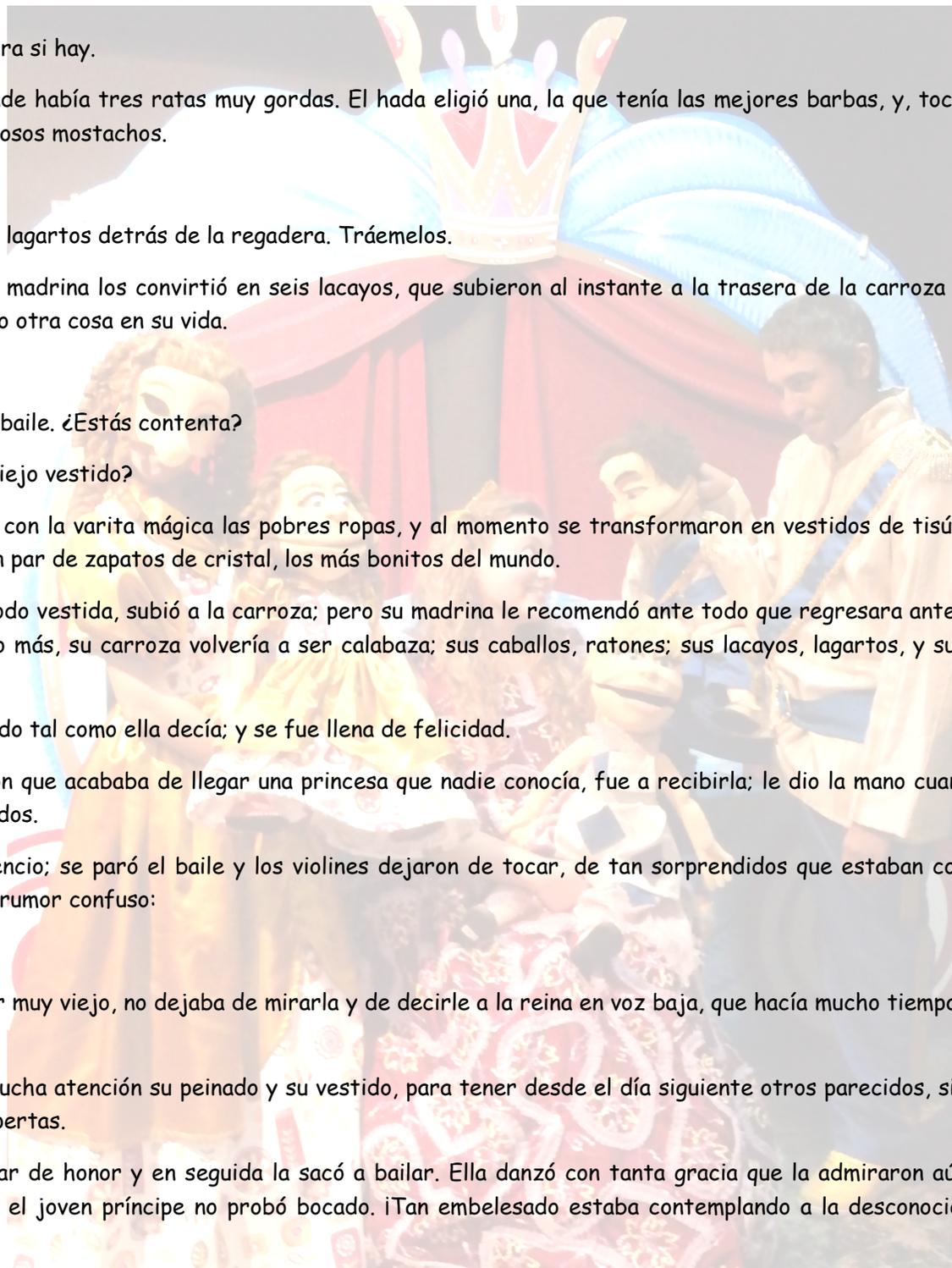
Se hizo entonces un repentino silencio; se paró el baile y los violines dejaron de tocar, de tan sorprendidos que estaban contemplando la gran belleza de aquella desconocida. Sólo se escuchaba un rumor confuso:

-¡Oh! ¡Qué hermosa es!

El propio Rey mismo, a pesar de ser muy viejo, no dejaba de mirarla y de decirle a la reina en voz baja, que hacía mucho tiempo que no veía a nadie con tanta gracia y belleza.

Todas las damas observaban con mucha atención su peinado y su vestido, para tener desde el día siguiente otros parecidos, siempre que pudieran encontrarse telas tan maravillosas y modistas tan expertas.

El hijo del Rey la colocó en un lugar de honor y en seguida la sacó a bailar. Ella danzó con tanta gracia que la admiraron aún más. Los criados trajeron manjares exquisitos para los invitados, pero el joven príncipe no probó bocado. ¡Tan embelesado estaba contemplando a la desconocida! Cenicienta se sentó al lado de sus



hermanas, haciéndoles muchos cumplidos y compartiendo con ambas las naranjas y los limones con que el príncipe las había obsequiado, lo cual las sorprendió mucho, pues ellas no la conocían de nada.

Estaban charlando, cuando Cenicienta oyó que daban las doce menos cuarto; entonces hizo una gran reverencia a todos los presentes y se marchó a toda prisa.

En cuanto llegó a casa, fue a buscar a su Madrina y, luego de haberle dado las gracias, le dijo que desearía otra vez ir al baile al día siguiente, porque el hijo del rey se lo había pedido.

Cuando ella estaba ocupada contándole a su Madrina todo lo sucedido en el baile, las hermanas llamaron a la puerta y Cenicienta fue a abrirles:

-¡Cuánto habéis tardado en volver!- les dijo mientras se frotaba los ojos y se desperezaba como si acabara de despertarse; aunque, por supuesto, ella no tenía nada de sueño.

-Si hubieses venido al baile -le dijo una de sus hermanas-, no te habrías aburrido, pues ha asistido una hermosa princesa, la más hermosa que nadie haya visto jamás, y ha sido muy amable y atenta con nosotras, obsequiándonos con naranjas y limones.

Cenicienta estaba muy feliz y les preguntó el nombre de la princesa, pero le respondieron que nadie la conocía, ni siquiera el hijo del Rey, y que éste daría cualquier cosa por saber quién era.

Cenicienta, sonriendo, les preguntó:

-¿Tan hermosa era? ¡Dios mío, pues sí que tenéis suerte! ¿No podría verla yo? ¡Ay, señorita Javotte, ¿no podrías prestarme tu vestido amarillo, ese que te pones a diario?

-¡Pues sí -dijo la señorita Javotte -, precisamente en eso estaba yo pensando! ¡Estaría loca si prestara mi vestido a una sucia Culoceniza como tú!

Cenicienta esperaba esta negativa y se alegró de ello, porque se hubiera encontrado en un gran dilema si su hermana le hubiera querido prestar el vestido.

Al día siguiente las dos hermanas fueron al baile y Cenicienta también, aunque todavía mejor ataviada que la primera vez.

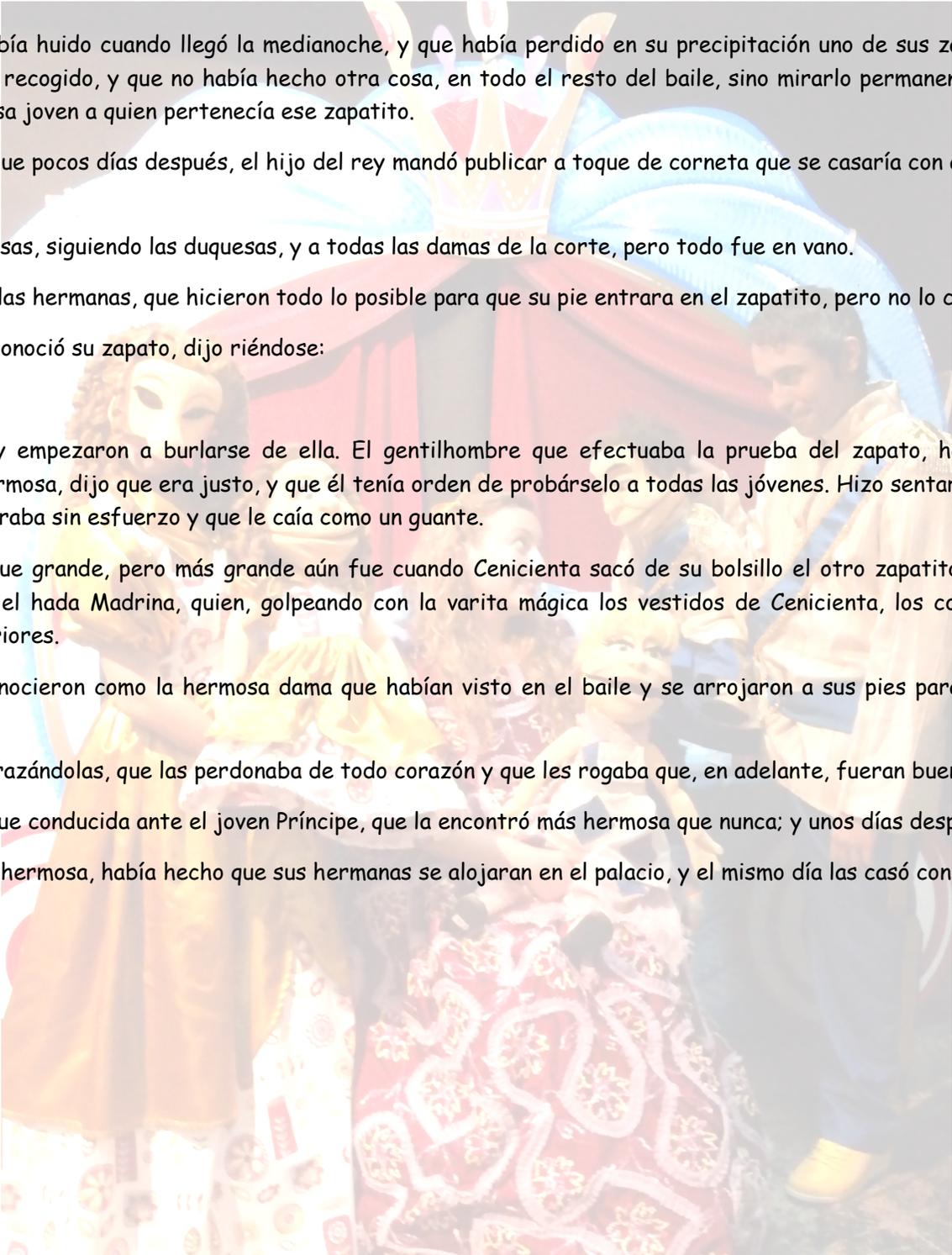
El hijo del Rey estuvo con ella toda la noche y no paró de decirle cosas bonitas; hasta tal punto la distrajo, que olvidó lo que su madrina le había recomendado, de manera que oyó sonar la primera campanada de medianoche, cuando creía que no eran aún ni las once. Cenicienta huyó entonces, con la ligereza de una gacela.

El Príncipe la siguió, mas no pudo alcanzarla, y ella, en la precipitación de la huida, dejó caer uno de sus zapatos de cristal, que el príncipe se apresuró a recoger con mucho cuidado.

Cenicienta llegó a su casa muy sofocada, sin carroza, sin lacayos, y con sus feos vestidos; no le quedaba de tanto esplendor más que el otro zapato de cristal, la pareja del que había dejado caer.

Preguntaron a los guardias de la puerta del palacio si habían visto salir a una princesa, y contestaron que sólo habían visto salir a una muchacha muy mal vestida, que tenía más el aspecto de una campesina que de una señorita.

Cuando sus dos hermanastras regresaron del baile, Cenicienta les preguntó si también esa noche se habían divertido y si la bella dama había de nuevo aparecido.



Ellas le dijeron que sí, pero que había huido cuando llegó la medianoche, y que había perdido en su precipitación uno de sus zapatitos de cristal, el más bonito del mundo; que el hijo del Rey lo había recogido, y que no había hecho otra cosa, en todo el resto del baile, sino mirarlo permanentemente, y que, con total seguridad, estaba muy enamorado de la hermosa joven a quien pertenecía ese zapatito.

Las hermanas decían la verdad, ya que pocos días después, el hijo del rey mandó publicar a toque de corneta que se casaría con aquella joven a quien le viniese bien el zapatito de cristal.

Y comenzó a probárselo a las princesas, siguiendo las duquesas, y a todas las damas de la corte, pero todo fue en vano.

Por fin, la prueba llegó a la casa de las hermanas, que hicieron todo lo posible para que su pie entrara en el zapatito, pero no lo consiguieron.

Cenicienta, que las miraba y que reconoció su zapato, dijo riéndose:

-¡Puedo intentarlo yo!

Sus hermanas se echaron a reír y empezaron a burlarse de ella. El gentilhombre que efectuaba la prueba del zapato, habiendo contemplado atentamente a Cenicienta, y encontrándola muy hermosa, dijo que era justo, y que él tenía orden de probárselo a todas las jóvenes. Hizo sentar, entonces, a Cenicienta y, acercando el zapato a su piecico, vio que entraba sin esfuerzo y que le caía como un guante.

La sorpresa de las hermanastras fue grande, pero más grande aún fue cuando Cenicienta sacó de su bolsillo el otro zapatito, que se puso en el otro pie. En ese preciso instante hizo su aparición el hada Madrina, quien, golpeando con la varita mágica los vestidos de Cenicienta, los convirtió en unos vestidos mucho más deslumbradores que todos los anteriores.

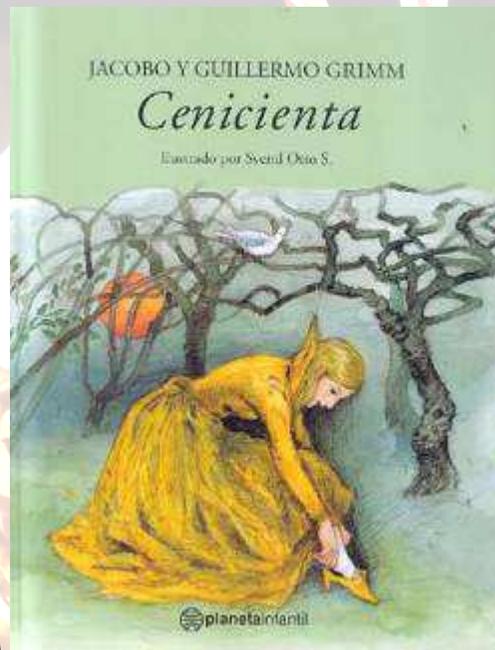
Entonces las dos hermanas la reconocieron como la hermosa dama que habían visto en el baile y se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían hecho sufrir.

Cenicienta las levantó y les dijo, abrazándolas, que las perdonaba de todo corazón y que les rogaba que, en adelante, fueran buenas amigas.

Cenicienta, ataviada como estaba, fue conducida ante el joven Príncipe, que la encontró más hermosa que nunca; y unos días después se casó con ella.

Cenicienta, que era tan buena como hermosa, había hecho que sus hermanas se alojaran en el palacio, y el mismo día las casó con dos grandes señores de la corte.





LA CENICIENTA cuento de los Hermanos Grimm

Érase una mujer, casada con un hombre muy rico, que enfermó, y, presintiendo su próximo fin, llamó a su única hijita y le dijo: "Hija mía, sigue siendo siempre buena y piadosa, y el buen Dios no te abandonará. Yo velaré por ti desde el cielo, y me tendrás siempre a tu lado." Y, cerrando los ojos, murió. La muchachita iba todos los días a la tumba de su madre a llorar, y siguió siendo buena y piadosa. Al llegar el invierno, la nieve cubrió de un blanco manto la sepultura, y cuando el sol de primavera la hubo derretido, el padre de la niña contrajo nuevo matrimonio.

La segunda mujer llevó a casa dos hijas, de rostro bello y blanca tez, pero negras y malvadas de corazón. Vinieron entonces días muy duros para la pobrecita huérfana. "¿Esta estúpida tiene que estar en la sala con nosotras?" decían las recién llegadas. "Si quiere comer pan, que se lo gane. ¡Fuera, a la cocina!" Le quitaron sus hermosos vestidos, le pusieron una blusa vieja y le dieron un par de zuecos para calzado: "¡Mira la orgullosa princesa, qué compuesta!" Y, burlándose de ella, la llevaron a la cocina. Allí tenía que pasar el día entero ocupada en duros trabajos. Se levantaba de madrugada, iba por agua, encendía el fuego, preparaba la comida, lavaba la ropa. Y, por añadidura, sus hermanastras la sometían a todas las mortificaciones imaginables; se burlaban de ella, le esparcían, entre la ceniza, los guisantes y las lentejas, para que tuviera que pasarse horas recogiénolas. A la noche, rendida como estaba de tanto trabajar, en vez de acostarse en una cama tenía que hacerlo en las cenizas del hogar. Y como por este motivo iba siempre polvorienta y sucia, la llamaban Cenicienta.

Un día en que el padre se disponía a ir a la feria, preguntó a sus dos hijastras qué deseaban que les trajese. "Hermosos vestidos," respondió una de ellas. "Perlas y piedras preciosas," dijo la otra. "¿Y tú, Cenicienta," preguntó, "qué quieres?" - "Padre, corta la primera ramita que toque el sombrero, cuando regreses, y tráemela." Compró el hombre para sus hijastras magníficos vestidos, perlas y piedras preciosas; de vuelta, al atravesar un bosquecillo, un brote de avellano le hizo caer el sombrero, y él lo cortó y se lo llevó consigo. Llegado a casa, dio a sus hijastras lo que habían pedido, y a Cenicienta, el brote de avellano. La muchacha le dio las gracias, y se fue con la rama a la tumba de su madre, allí la plantó, regándola con sus lágrimas, y el brote creció, convirtiéndose en un hermoso árbol. Cenicienta iba allí tres veces al día, a llorar y rezar, y siempre encontraba un pajarillo blanco posado en una rama; un pajarillo que, cuando la niña le pedía algo, se lo echaba desde

arriba.

Sucedió que el Rey organizó unas fiestas, que debían durar tres días, y a las que fueron invitadas todas las doncellas bonitas del país, para que el príncipe heredero eligiese entre ellas una esposa. Al enterarse las dos hermanastras que también ellas figuraban en la lista, se pusieron muy contentas. Llamaron a Cenicienta, y le dijeron: "Péinanos, cepíllanos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio." Cenicienta obedeció, aunque llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile, y, así, rogó a su madrastra que se lo permitiese. "¿Tú, la Cenicienta, cubierta de polvo y porquería, pretendes ir a la fiesta? No tienes vestido ni zapatos, ¿y quieres bailar?" Pero al insistir la muchacha en sus súplicas, la mujer le dijo, finalmente: "Te he echado un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges en dos horas, te dejaré ir." La muchachita, saliendo por la puerta trasera, se fue al jardín y exclamó: "¡Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, vengan a ayudarme a recoger lentejas!

Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito."

Y acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas, luego las tortolillas y, finalmente, comparecieron, bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, y en un santiamén todos los granos buenos estuvieron en la fuente. No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, echaron a volar y desaparecieron. La muchacha llevó la fuente a su madrastra, contenta porque creía que la permitirían ir a la fiesta, pero la vieja le dijo: "No, Cenicienta, no tienes vestidos y no puedes bailar. Todos se burlarían de ti." Y como la pobre rompiera a llorar: "Si en una hora eres capaz de limpiar dos fuentes llenas de lentejas que echaré en la ceniza, te permitiré que vayas." Y pensaba: "Jamás podrá hacerlo." Pero cuando las lentejas estuvieron en la ceniza, la doncella salió al jardín por la puerta trasera y gritó:

"¡Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, vengan a ayudarme a limpiar lentejas!
Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito."

Y enseguida acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas y luego las tortolillas, y, finalmente, comparecieron, bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, echando todos los granos buenos en las fuentes. No había transcurrido aún media hora cuando, terminada ya su tarea, emprendieron todas el vuelo. La muchacha llevó las fuentes a su madrastra, pensando que aquella vez le permitiría ir a la fiesta. Pero la mujer le dijo: "Todo es inútil; no vendrás, pues no tienes vestidos ni sabes bailar. Serías nuestra vergüenza." Y, volviéndole la espalda, partió apresuradamente con sus dos orgullosas hijas.

No habiendo ya nadie en casa, Cenicienta se encaminó a la tumba de su madre, bajo el avellano, y suplicó: "¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!"

Y he aquí que el pájaro le echó un vestido bordado en plata y oro, y unas zapatillas con adornos de seda y plata. Se vistió a toda prisa y corrió a palacio, donde su madrastra y hermanastras no la reconocieron, y, al verla tan ricamente ataviada, la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento se les ocurrió pensar en Cenicienta, a quien creían en su cocina, sucia y buscando lentejas en la ceniza. El príncipe salió a recibirla, y tomándola de la mano, bailó con ella. Y es el caso que no quiso bailar con ninguna otra ni la soltó de la mano, y cada vez que se acercaba otra muchacha a invitarlo, se negaba diciendo: "Ésta es mi pareja."

Al anochecer, Cenicienta quiso volver a su casa, y el príncipe le dijo: "Te acompañaré," deseoso de saber de dónde era la bella muchacha. Pero ella se le escapó, y se encaramó de un salto al palomar. El príncipe aguardó a que llegase su padre, y le dijo que la doncella forastera se había escondido en el palomar. Entonces pensó el

viejo: ¿Será la Cenicienta? Y, pidiendo que le trajesen un hacha y un pico, se puso a derribar el palomar. Pero en su interior no había nadie. Y cuando todos llegaron a casa, encontraron a Cenicienta entre la ceniza, cubierta con sus sucias ropas, mientras un candil de aceite ardía en la chimenea; pues la muchacha se había dado buena maña en saltar por detrás del palomar y correr hasta el avellano; allí se quitó sus hermosos vestidos, y los depositó sobre la tumba, donde el pajarillo se encargó de recogerlos. Y enseguida se volvió a la cocina, vestida con su sucia batita.

Al día siguiente, a la hora de volver a empezar la fiesta, cuando los padres y las hermanastras se hubieron marchado, la muchacha se dirigió al avellano y le dijo: "¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas, y échame oro y plata y, más cosas!"

El pajarillo le envió un vestido mucho más espléndido aún que el de la víspera; y al presentarse ella en palacio tan magníficamente ataviada, todos los presentes se pasmaron ante su belleza. El hijo del Rey, que la había estado aguardando, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. A las demás que fueron a solicitarlo, les respondía: "Ésta es mi pareja." Al anoecer, cuando la muchacha quiso retirarse, el príncipe la siguió, para ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un brinco en el jardín de detrás de la suya. Crecía en él un grande y hermoso peral, del que colgaban peras magníficas. Se subió ella a la copa con la ligereza de una ardilla, saltando entre las ramas, y el príncipe la perdió de vista. El joven aguardó la llegada del padre, y le dijo: "La joven forastera se me ha escapado; creo que se subió al peral." Pensó el padre: ¿Será la Cenicienta? Y, tomando un hacha, derribó el árbol, pero nadie apareció en la copa. Y cuando entraron en la cocina, allí estaba Cenicienta entre las cenizas, como tenía por costumbre, pues había saltado al suelo por el lado opuesto del árbol, y, después de devolver los hermosos vestidos al pájaro del avellano, volvió a ponerse su batita gris.

El tercer día, en cuanto se hubieron marchado los demás, volvió Cenicienta a la tumba de su madre y suplicó al arbolillo: "¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas, y échame oro y plata y más cosas!"

Y el pájaro le echó un vestido soberbio y brillante como jamás se viera otro en el mundo, con unos zapatitos de oro puro. Cuando se presentó a la fiesta, todos los concurrentes se quedaron boquiabiertos de admiración. El hijo del Rey bailó exclusivamente con ella, y a todas las que iban a solicitarlo les respondía: "Ésta es mi pareja."

Al anoecer se despidió Cenicienta. El hijo del Rey quiso acompañarla; pero ella se escapó con tanta rapidez, que su admirador no pudo darle alcance. Pero esta vez recurrió a una trampa: mandó embadurnar con pez las escaleras de palacio, por lo cual, al saltar la muchacha los peldaños, se le quedó la zapatilla izquierda adherida a uno de ellos. Recogió el príncipe la zapatilla, y observó que era diminuta, graciosa, y toda ella de oro. A la mañana siguiente presentóse en casa del hombre y le dijo: "Mi esposa será aquella cuyo pie se ajuste a este zapato." Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían los pies muy lindos. La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla, acompañada de su madre. Pero no había modo de introducir el dedo gordo; y al ver que la zapatilla era demasiado pequeña, la madre, alargándole un cuchillo, le dijo: "¡Córtate el dedo! Cuando seas reina, no tendrás necesidad de andar a pie." Lo hizo así la muchacha; forzó el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, se presentó al príncipe. Él la hizo montar en su caballo y se marchó con ella. Pero hubieron de pasar por delante de la tumba, y dos palomitas que estaban posadas en el avellano gritaron: "Ruke di guk, ruke di guk; sangre hay en el zapato. El zapato no le va, La novia verdadera en casa está."

Miró el príncipe el pie y vio que de él fluía sangre. Hizo dar media vuelta al caballo y devolvió la muchacha a su madre, diciendo que no era aquella la que buscaba, y que la otra hermana tenía que probarse el zapato. Subió ésta a su habitación y, aunque los dedos le entraron holgadamente, en cambio no había manera de meter el talón. Le dijo la madre, alargándole un cuchillo: "Córtate un pedazo del talón. Cuando seas reina no tendrás necesidad de andar a pie." Cortóse la muchacha un trozo del talón, metió a la fuerza el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, se presentó al hijo del Rey. Montó éste en su caballo y se marchó con ella. Pero al pasar por delante del avellano, las dos palomitas posadas en una de sus ramas gritaron: "Ruke di guk, ruke di guk; sangre hay en el zapato. El novio no le va, La novia verdadera en casa está."

Miró el príncipe el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba del zapato y había enrojecido la blanca media. Volvió grupas y llevó a su casa a la falsa novia. "Tampoco es ésta la verdadera," dijo. "¿No tienen otra hija?" - "No," respondió el hombre. Sólo de mi esposa difunta queda una Cenicienta pringosa; pero es imposible que sea la novia." Mandó el príncipe que la llamasen; pero la madrastra replicó: "¡Oh, no! ¡Va demasiado sucia! No me atrevo a presentarla." Pero como el hijo del Rey insistiera, no hubo más remedio que llamar a Cenicienta. Lavóse ella primero las manos y la cara y, entrando en la habitación, saludó al príncipe con una reverencia, y él tendió el zapato de oro. Se sentó la muchacha en un escalón, se quitó el pesado zueco y se calzó la chinela: le venía como pintada. Y cuando, al levantarse, el príncipe le miró el rostro, reconoció en el acto a la hermosa doncella que había bailado con él, y exclamó: "¡Ésta sí que es mi verdadera novia!" La madrastra y sus dos hijas palidieron de rabia; pero el príncipe ayudó a Cenicienta a montar a caballo y marchó con ella. Y al pasar por delante del avellano, gritaron las dos palomitas blancas: "Ruke di guk, ruke di guk; no tiene sangre el zapato. Y pequeño no le está; Es la novia verdadera con la que va." Y, dicho esto, bajaron volando las dos palomitas y se posaron una en cada hombro de Cenicienta.

Al llegar el día de la boda, se presentaron las traidoras hermanas, muy zalameras, deseosas de congraciarse con Cenicienta y participar de su dicha. Pero al encaminarse el cortejo a la iglesia, yendo la mayor a la derecha de la novia y la menor a su izquierda, las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Luego, al salir, yendo la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, las mismas aves les sacaron el otro ojo. Y de este modo quedaron castigadas por su maldad, condenadas a la ceguera para todos los días de su vida.

La cenicienta de Disney



Hubo una vez una joven muy bella que no tenía padres, sino madrastra, una Viuda impertinente con dos hijas a cual más fea. Era ella quien hacía los trabajos más duros de la casa y como sus vestidos estaban siempre tan manchados de ceniza, todos la llamaban Cenicienta.

Un día el Rey de aquel país anunció que iba a dar una gran fiesta a la que invitaba a todas las jóvenes casaderas del reino.

- Tú Cenicienta, no irás -dijo la madrastra-. Te quedarás en casa fregando el suelo y preparando la cena para cuando volvamos.

Llegó el día del baile y Cenicienta apesadumbrada vio partir a sus hermanastras hacia el Palacio Real. Cuando se encontró sola en la cocina no pudo reprimir sus sollozos.

- ¿Por qué seré tan desgraciada? -exclamó-. De pronto se le apareció su Hada Madrina.

- No te preocupes -exclamó el Hada-. Tu también podrás ir al baile, pero con una condición, que cuando el

reloj de Palacio dé las doce campanadas tendrás que regresar sin falta. Y tocándola con su varita mágica la transformó en una maravillosa joven.

La llegada de Cenicienta al Palacio causó honda admiración. Al entrar en la sala de baile, el Rey quedó tan prendado de su belleza que bailó con ella toda la noche. Sus hermanastras no la reconocieron y se preguntaban quién sería aquella joven.

En medio de tanta felicidad Cenicienta oyó sonar en el reloj de Palacio las doce.

- ¡Oh, Dios mío! ¡Tengo que irme! -exclamó-.

Como una exhalación atravesó el salón y bajó la escalinata perdiendo en su huída un zapato, que el Rey recogió asombrado.

Para encontrar a la bella joven, el Rey ideó un plan. Se casaría con aquella que pudiera calzarse el zapato. Envió a sus heraldos a recorrer todo el Reino. Las doncellas se lo probaban en vano, pues no había ni una a quien le fuera bien el Zapatito.

Al fin llegaron a casa de Cenicienta, y claro está que sus hermanastras no pudieron calzar el zapato, pero cuando se lo puso Cenicienta vieron con estupor que le estaba perfecto. Y así sucedió que el Príncipe se casó con la joven y vivieron muy felices.

Fin

